

M^a Cruz CARDETE DEL OLMO, *El dios Pan y los paisajes pánicos: de la figura divina al paisaje religioso*, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2016, 300 pp. [ISBN: 978-84-472-1798-4].

Pan es un dios ampliamente explorado en el imaginario contemporáneo, pero poco estudiado como tal por la historiografía reciente. Desde la obra magistral de Philippe Borgeaud (*Recherches sur le dieu Pan*, Genève, 1979), poco parecía que pudiera decirse de este dios ajeno al Olimpo y al mismo tiempo icono del paganismo. La monografía de M^a Cruz Cardete del Olmo –que culmina una investigación profunda y prolongada que se ha ido reflejando en una serie de sugestivos trabajos anteriores– no sólo viene a llenar un hueco en los estudios del dios Pan, sino que añade una nueva e interesante perspectiva a las publicaciones sobre el dios-cabra.

Esta obra, como el mismo título indica, es más que una monografía sobre Pan, es, principalmente, una investigación sobre los *paisajes pánicos*. De este modo nos encontramos con un trabajo magistral que aplica la metodología de la arqueología del paisaje, desde sus postulados más recientes, al dios de una manera integral. Así se nos presenta un libro en el que los aspectos teóricos y metodológicos (especialmente abordados como tal en el primer capítulo) están tratados de forma lúcida. La arqueología del paisaje se convierte en el eje vertebrador del libro y se analizan múltiples aspectos sociales, económicos, religiosos, ideológicos, culturales, identitarios y experienciales que constituyen una red interconectada y cambiante en el espacio y el tiempo; una red desde la que se comprende el paisaje como un producto histórico, como una construcción cultural y mental, y, por tanto, modificable y flexible, y en la que el concepto de “nodo” adquiere una relevancia especial por su carácter dinámico y relacional. En este contexto referencial, el dios Pan adopta, en distintos ámbitos, un papel esencial como dios vertebrador, dúctil, transgresor y cívico al mismo tiempo, y como tal se analiza a lo largo de la obra. Por otra parte, desde concepciones donde la historia pasada es historia presente, la autora se adentra, en el segundo capítulo, con gran agudeza y un profundo conocimiento, por los caminos y recorridos del dios y su construcción en tiempos posteriores a la Antigüedad, lo que contribuye a acercar al lector, a través de sabias pinceladas, a los intereses y a las elaboraciones mentales arraigadas socialmente de distintos periodos. Del Pan medieval, símbolo del demonio, a Pan como símbolo panteísta, totalizador y universal, ya explorado en la Antigüedad y recobrado en época moderna, pasando por el Pan contradictorio del romanticismo, pastoril, amable, dulce, por un lado, y salvaje y terrorífico, excesivo, y transgresor, por otro, símbolo del paganismo aunque al mismo tiempo cristianizado.

Pero, sin duda, hablar de Pan es hablar de Arcadia; Arcadia como símbolo (o símbolos) en época moderna y Arcadia construida también por los antiguos. En este sentido, de nuevo, nadie mejor que M^a Cruz Cardete para adentrarse en este tema, pues es una gran conocedora de Arcadia como demuestran sus numerosos trabajos sobre esta zona de Grecia y especialmente su monografía *Paisajes mentales y religiosos. La frontera suroeste arcadia en épocas arcaica y clásica*, Oxford, 2005.

Pan, como Arcadia, se construye en los límites de la civilización y el salvajismo, lo urbano y lo rural. En el capítulo tercero, la autora trata el papel del dios en el pai-

saje económico de Arcadia, donde Pan se convierte en símbolo vertebrador de las actividades económicas aparentemente contradictorias, como la transterminancia, la agricultura y la caza, que son, sin embargo, profundamente complementarias y cívicas. Para ello se adentra con pericia en un complejo y largo debate sobre la relación agricultura/ganadería en el mundo griego antiguo y aplica las nuevas tendencias más integradoras en su análisis de la sociedad y de la economía arcadia. El modelo de la transterminancia y la caza menor tienen un peso específico en el contexto de sociedades agrarias donde la tierra es el elemento central en una economía de subsistencia mixta asociada a los desarrollos poliados de la ciudad. Desde este punto de vista Pan consigue integrar todos estos aspectos y se constituye en referente, por tanto, de varias comunidades arcadias, dios de límites, necesario para la protección de la *chora* y la supervivencia de la *polis*, inserto en el imaginario asociado a la iniciación y la expiación (necesaria para la reproducción y la fertilidad) de los futuros ciudadanos.

Pan no se agota como símbolo religioso de actividades económicas. El dios se convierte en símbolo de la propia Arcadia autóctona, también construida, a partir de la manipulación ideológica e identitaria realizada principalmente, pero no únicamente, por Megalópolis en el s. IV. Esta *polis* rescata y construye una identidad cimentada en un pasado común arcano de un territorio dispar pero organizado cívicamente, en *poleis*, desde el arcaísmo. En el capítulo cuarto, la autora se adentra en otro de los grandes temas recientes en los estudios del mundo antiguo: el de la identidad y el de la etnicidad. Desde una reflexión teórica y metodológica clara y bien argumentada desmonta el mito historiográfico del “*ethnos* arcadio”, poniendo de relieve el carácter social y cultural tanto de la construcción identitaria como de la étnica, donde las coordenadas de genealogía y tierra, manipuladas desde el poder, son esenciales; para el caso arcadio se reconoce fundamentalmente la existencia de un constructo identitario laxo, manipulado, fomentado y construido específicamente en el s. IV desde el poder megalopolitano, que fomenta una política de dobles, monumentalización y autoctonización de los cultos. Pan se ve, sin duda, afectado, como otros dioses (el más emblemático el Zeus del Liceo, pero también la Despina de Licosura), por su capacidad de crear un pasado arcaizante a través de rasgos como el teriomorfismo y su carácter agreste, salvaje y liminal. La utilización de Pan fuera de Arcadia, especialmente en Atenas, está también magistralmente delineada, cimentándose en la situación social, económica, cultural e ideológica del momento, específicamente en el periodo posterior a las Guerras Médicas y el papel en ellas de los hoplitas. En Atenas Pan se inserta en el contexto cultural y espacial (las cuevas) propio de las ninfas. Quizás en este sentido, y siguiendo el posible vínculo de estos espacios con los ritos dionisiacos, podría continuar explorándose en un futuro la “feminización” del dios Pan y su relación con el tiaso femenino dionisiaco, a partir de la realidad ritual y cultural. Sin duda merece la pena proseguir con las líneas trazadas en este estudio, especialmente en las relaciones multiformes de Pan con Deméter (¿y las Tesmoforias?) en Arcadia, o con las ninfas (¿y Dioniso?) en Atenas, así como con la “satirización” del dios, cercano a los seguidores teriomorfos de Dioniso, como se enfatiza en el análisis del papel musical de Pan y su oposición a Apolo, tratado también por la autora.

El dios-cabra es un dios de los límites, del paisaje de frontera, de lo agreste. El quinto capítulo se adentra en esta relación de manera magistral, poniendo de manifiesto una compleja retícula de relaciones del culto del dios en Arcadia, aunando fuentes diversas, desde la perspectiva de la arqueología del paisaje que considera los santuarios (y los dioses) dentro de una malla de interacción contextual y no como elementos aislados. El papel del dios como “conector” en el paisaje, en relación con pastores, cazadores, leñadores, carboneros, comerciantes y mercenarios en el contexto del paisaje arcadio, pone de manifiesto su papel como dios políado, aunque no urbano en este entorno, protector de la *chora*. La relación de Pan con los límites, la transgresión, la ruptura de la norma, la música desenfadada o el sexo compulsivo, lo hace, además, especialmente apto para la construcción y experimentación multisensorial del paisaje y de la propia corporeidad, así como para la elaboración de los fenómenos como la panolepsia y el pánico, independientemente de las manipulaciones etimológicas.

El último capítulo se adentra en las construcciones y en los paisajes pánicos romanos, que enlazan, sin duda, con la utilización de Arcadia como pasado prestigioso, y donde, por un lado, se desarrolla la imagen pastoril bucólica (con Dafnis y Cloe) como evocación de valores poéticos y estéticos y, por otro, se utiliza a Pan como imagen de la deidad panteísta de corte filosófico, símbolo del paganismo tardío.

En definitiva, esta obra nos adentra en un estudio multiforme y coherente, profundo y complejo del universo *pánico*, desde la rica perspectiva de los últimos postulados de la arqueología del paisaje que reconoce los *paisajes pánicos* como construcción mental e histórica, en sus coordenadas espaciales y temporales, lo que permite adentrarse en el culto entendido como “nodo”, para descubrir contextos sociales, económicos, culturales, políticos e ideológicos complejos y profundamente interrelacionados. Pan demuestra cuán fecunda se hace la contradicción, y cuán cívica, la liminalidad. El dios-cabra sigue siendo, como desvela este estudio, fuente de inspiración.

Por último, no podemos dejar de destacar y de agradecer la cuidada edición de la Universidad de Sevilla, tanto en el texto como en la introducción de abundantes mapas e imágenes que ilustran, de manera adecuada y pertinente, el discurso de la autora.

Miriam A. VALDÉS GUÍA

Universidad Complutense de Madrid
mavaldes@ghis.ucm.es